

# EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

*Dr. Bartolomé Gómez-Plana*

CORRESPONDENCIA: P. CASTELAR, 4

## SUMARIO

*Otoño, Dr. Gómez-Plana.—Cómo la madre debe amar a sus hijos, P. Combes.—Educación física y sensora de anormales, (conclusión), Dr. P. Boncour.—Esgrima de bastón, A. Barba.—Varia.*

## SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes . . . . . 0'75 ptas.  
Fuera : Trimestre . . . . . 3

PAGO MENSUAL.

Año VII. Cádiz: Septiembre 1927 Núm. 78





Año VII

Cádiz: Septiembre 1927

Núm. 78

## O T O Ñ O

Pasaron las alegres Primaveras: siguieron los meses de verano con sus calores, sus catarros intestinales, disenterías, cólera infantil, granos, fiebres y demás cortejo proveniente del tiránico imperio del rubio Febo, apenas moderado en sus ardores por el dios Neptuno, con los baños, duchas, y cambios a climas de altura además.

Muchas víctimas infantiles pagan en verano el tributo a la muerte, siendo la estación peor, sobre todo en los dos o tres primeros años de vida.

Y entra ahora una nueva estación, que, como todas, tiene sus ventajas y sus inconvenientes: ventajas de refrigeración, de alimento más abundante y mejor tolerado; de más resistencia a los procesos infecciosos que no sean muy virulentos: e inconvenientes, los padecimientos debidos a la lesión de órganos internos.

En Primavera y Verano, la piel tiene un papel preponderante; en otoño e invierno, el riñón.

Las repercusiones de la piel en Verano, descargan generalmente, en el intestino; las repercusiones en el Otoño, a más del riñón suelen atacar el aparato respiratorio: de ahí los catarros bronquiales y pulmonares; catarros de nariz y anginas.

Este recuerdo que es puramente elemental, indica las precauciones que en globo, conviene tener.

Aumentar la alimentación gradualmente, pues las pérdidas de calor ocasionadas por los descensos de temperatura, exigen una mayor actividad de las combustiones orgánicas: empezar con un abrigo moderado que sirva doblemente para proteger la piel que tiene una mayor tendencia a enfriarse y dejar más expedita la función renal evitando su congestión, que cuando es intensa, responde con síntomas peligrosos de corazón y cabeza.

Alimento y abrigo mayor; ejercicio al aire libre, y tonificar la piel con fricciones aromáticas.

DR. GÓMEZ-PLANA

---

## Cómo la madre debe amar a sus hijos

El principal «motor» de la madre, el que ejerce más acción sobre ella, es el amor materno.

Por eso hacemos un llamamiento a ese amor materno cuando nos proponemos fijar su atención en la necesidad que se le impone de prepararse formalmente a cumplir su misión tan grave de madre, y sobre todo, de preparar a ella a sus hijas.

El amor materno ha sido glorificado casi al igual que el amor divino.

Pero en tanto que el amor divino es absolutamente perfecto, puro y perspicaz, el amor materno participa de todas las debilidades de los sentimientos humanos.

Estas debilidades se refieren a dos raíces principales.

Desde luego se desliza en el afecto humano, sin quererlo, sin que ni siquiera nos demos cuenta de ello, una parte más o menos grande de ese egoísmo inadmisibles, de ese amor propio y de esa admiración de nosotros mismos que no parece sino que forma parte integrante de nuestra naturaleza.

Para hacer completamente evidente este hecho psicológico tenemos un ejemplo extremo, el de ciertas personalidades en las cuales el amor propio y la complacencia son llevados a tal grado de exageración, que casi se convierte en una especie de enfermedad mental ridícula.

Todo el mundo ha tenido ocasion de topar en la vida con un personaje de espíritu más bien estrecho (la vanidad es siempre proporcional a la estrechez de espíritu), que vive en perpétua admiración de sí mismo, de todo cuanto dice, de todo cuanto hace, de todo cuanto posee, de todo cuanto toca; que siente una sed inextinguible de ser admirado hasta en las más pequeñas cosas; en una palabra, se cree que nadie existe en el mundo sino él.

Todo cuanto se refiere a su *persona*, todo cuanto entra en su *casa*, adquiere, por este solo hecho, una superioridad. El queso que se sirve en *su mesa* o el café que se bebe en *su casa* es el queso o el café mejor del mundo; su vino no tiene rival, ¡ni siquiera el agua que bebe! Trescientas sesenta y cinco veces al año, o trescientas sesenta y seis si es bisiesto, os repetirá lo mismo, con admiración incansable, insaciable, inagotable: «¡Gustar ésto!» «¿Habéis gustado ésto?» ¡Como si sólo en su casa se pudiera *gustar eso!*

El pergamino que acaba de recibir es una maravilla artística... porque se *le* ha enviado, porque ha entrado en *su casa*.

La atmósfera que respira basta para idealizar todas las cosas. Todo cuanto se ve en *su casa* es raro y precioso. Sus domésticos son de perlas... hasta que los cambia, lo que ocurre con frecuencia. Sus proveedores son incomparables... mientras se sirve de ellos, lo que no dura mucho tiempo.

Se diría que todo lo que le rodea ha sido creado y puesto en el mundo expresamente para hacer resaltar la superioridad de su rara persona. Todo lo que hace es maravilloso, y sus ideas son «geniales». En la plenitud de su admiración por sí mismo, solicita constantemente la de los otros. ¡Desgraciado del que se la escatime! Sólo obtienen su estimación los que le adulan y se aprovechan de ello para sacarle los cuartos. Su juicio sobre hombres y cosas es decisivo, absoluto. Los que le complacen son *fortísimos* (difícil le sería decir el por qué, a él, que no es fuerte, ni siquiera mediano); los que le desagradan son nulidades; hasta se asombra de que pueda existir el que no le agrada. Pero lo que le parece más extraordinario es que el mundo pueda marchar sin que se le consulte acerca del orden y curso que debe seguir.

Este retrato, *tomado del natural*, muestra hasta qué punto puede llevarse la admiración enfermiza de uno mismo y de todo lo que se relaciona con él.

Pues bien, no nos sonriamos de esas excepcionales exageraciones que se ofrecen en algunos espíritus débiles, ya que derivan de un sentimiento que nos domina a todos en grados diferentes.

Todos nos adherimos con intenso fervor a todo lo que se relaciona con nosotros, y nos complacemos por modo admirativo en nosotros mismos y en lo que de nosotros procede, especialmente en lo que inventamos a costa de un esfuerzo efectivo, en lo que lleva nuestro sello, la estampa de nuestra personalidad.

Desde este punto de vista, nada más semejante al amor materno que el mayor o menor cantidad de sí mismo. No hablo únicamente de una obra artística o literaria, sino de toda obra humana. Fuera de toda idea de lucro, el más humilde de los agricultores contempla su cosecha con amor propio de autor, y cuando sonrío al contemplarla, se sonrío a sí mismo. Francisco Coppée ha expuesto admirablemente esta psicología del hombre que pone parte de sí mismo en una obra, aun material, cuando, en su *Luthier de Crémone*, escribió la conmovedora escena del cambio de violines.

Así, pues, no sólo las madres, sino todos los humanos, muestran ilimitada complacencia y admiración sin límite por todo lo que procede de ellos, *principalmente porque procede de ellos*.

Tal es la psicología que La Fontaine atribuyó expresivamente al buho:

...Mis pequeños son graciosos, bellos, mejor hechos y lindos que todos sus compañeros. Sin esfuerzo lo conoceréis por la señal.

\* \* \*

Una consecuencia directa de esta tendencia innata a admirar sin reserva cuanto hacemos es que todo afecto humano que la razón no logra dirigir, es profundamente ciego. Cierra obstinadamente los ojos a sus errores, no los ve, no quiere verlos; no quiere admitir que pueda equivocarse.

Este fenómeno psicológico es absolutamente general; es un hecho comprobado por todos los moralistas, no sólo en los sentimientos afectivos, sino también en todos nuestros sentimientos cuando se desordenan, cuando se sustraen a la razón y degeneran en pasiones. La *ceguedad de las pasiones* no es una vana fórmula, sino una formidable realidad.

Por otra parte, hay todos los grados de ceguedad, como hay todos los grados de pasión. Ora es un error tenaz fecundo en desastrosas consecuencias, ora una ilusión pasajera, que se disipa con el sentimiento que la engendró, sin que de ella resulten grandes perjuicios.

Molière expresó con gran exactitud las ilusiones que hace nacer en la imaginación de los hombres el período sensible de su afecto por la mujer de su elección, en este célebre trozo del *Misántropo* (acto IV, escena V):

«Cuentan los defectos por perfecciones y saben darles nombres favorables: La pálida es comparable en blancura al jazmín; a negra horrible es una adorable morena; la flaca tiene talle gentil y libertad de movimientos; la gorda aparece en su porte llena de magestad; la sucia desprovista de atractivos es una belleza descuidada; la gigante parece una diosa; la delgada un resumen de maravillas ideales; la orgullosa tiene un corazón digno de una corona; la bribona posee talento; la estúpida es un ángel de bondad; la casquivana muestra agradable humor; la muda guarda un pudor honesto. Así es como un amante apasionado ama hasta los defectos de la mujer amada.»

La recíproca es verdadera: la mujer amante no es más perspicaz que el hombre verdaderamente enamorado (se trata aquí del amor *sensible*), y adorna al objeto de su amor con todas las perfecciones.

La misma tendencia hallamos en el amor filial y en el fraternal. ¿Cómo reconocer los defectos de los que amamos? ¿Cómo no tener para ellos una indulgencia inagotable?

Finalmente, aun en la amistad vese uno movido a excusar lo que un juez imparcial quizás hallaría reprehensible.

¿Pues cómo el amor maternal, el más potente de los amores, evitaría esta ley general de la psicología humana? Al contrario, está sometido a ella en absoluto.

Para la madre, el niño es ella misma, su propia carne, su propia vida... Es todavía más que ella misma; es un ser que le debe la existencia, y que le ofrece constantemente esta sensación gloriosa que la llena de legítimo orgullo, del poder admirable de la maternidad.

«¡Mi hijo!»

Estas dos palabras, en boca de una madre, expresan una inmensidad de triunfantes satisfacciones: la existencia, la posesión, la multiplicación de la vida por la vida que ha transmitido al niño; y de este conjunto de impresiones resulta todo un mundo de alegrías inefables que embriagan el alma maternal.

¿Cómo pagar suficientemente estas alegrías sino por la entrega completa, absoluta de ella misma, superando a la abnegación, llegando al sacrificio y hallando nuevas satisfacciones en este mismo sacrificio?

¿Y quisiérais que, en un efecto tan apasionado, la ceguedad no tomase con demasiada frecuencia el puesto de la reflexión, no alcanzase a veces proporciones exageradas?

La primera nota característica de un afecto verdadero y profundo es una bondad indulgente, paciente, inagotable, para el ser amado; pero esta bondad no excluye necesariamente la perspicacia.

El amor maternal deja frecuentemente que la bondad degenerare en debilidad. Ahora bien, la debilidad no es otra cosa que una bondad ciega, que lo excusa todo, aun lo que no debería excusar, aun lo que puede ser perjudicial a la madre y al hijo.

Ocurre a veces que la exageración de este sentimiento lleva a la madre a sacrificarse en provecho de su hijo, y no sólo ella misma, sino también, con egoísmo feroz, todo el mundo. En este grado de exaltación, el amor maternal toca a los límites de la pasión desbordada; y se convierte, por consiguiente, en un peligro, no sólo para la madre y para el hijo, sino también para cuantos los rodean.

Todos estos hechos son de experiencia diaria, y no tiene necesidad de más amplia demostración.

Está probado que la madre tiene una tendencia natural a rodear a su hijo de una ternura ciega que puede hacerle más mal que bien.

Pero es indudable que para asegurar la dicha de su hijo y la suya propia, es de mucho preferible que la madre siga los consejos de la razón, antes que obedecer a las sugerencias tiránicas de un afecto inconsiderado.

He ahí por qué hemos dicho y repetimos que la madre tiene necesidad de aprender la manera de amar a sus hijos.

Al hacerlo, no los amará menos, antes al contrario, los amará más, porque su afecto será racional y no correrá el riesgo de extraviarse.

\* \* \*

Si amáis sinceramente a vuestros hijos por ellos mismos, y no por las satisfacciones personales que os procure vuestro afecto y el suyo, es que deseáis por encima de todo que sean felices.

«Precisamente por eso los mimamos—diréis,—por eso no podemos ver una lágrima en sus ojos, por eso les evitamos todas las contrariedades, para que estén siempre contentos y alegres. Lo que nos hace felices es el espectáculo de su dicha.»

Pero este modo de ver sería ya difícilmente justificable, si aquellos que amáis hubiesen de ser siempre niños, como lo pedía la antigua «canción de la cuna», que cantaba una madre, terminando así cada estrofa:

«¡Oh hijo mío, sé pequeño siempre!»

Pero bien sabéis que esto no es posible. Los niños crecen, y no tardan en hallarse en el trance de abordar de frente la preparación a la vida. A medida que crecen, deben arrostrar pruebas cada vez más difíciles, pruebas que no podéis evitar; y, hombres ya, empiezan la lucha por la existencia. No ignoráis, señoras, que esta existencia es cada vez más dura.

—¡Exactamente!—dicen ciertas madres.—Mas, por cuanto el pequeño tendrá que luchar y sufrir más tarde, justo es que se aproveche al menos, y durante el mayor tiempo posible, de la dicha que le procura el amor materno mientras lo cubra con su égida. Esto llevará por adelantado.

Semetante razonamiento, que parece triunfal a tantas madres, descansa en una ilusión deplorable.

Para evitar a los niños algunos pequeños trabajos, multiplicáis en proporciones enormes los que tendrán que sufrir más tarde.

Acerca de esto nos ofrece un ejemplo típico el excelente libro de Joël de Lyris *Le Croix d'une Bibliotheque*, páginas 19 a 21. El autor habla de un silabario escrito por un elevado funcionario de la Universidad, que cree haber hecho un descubrimiento genial.

«En vez de fatigar el espíritu de los niños—dice Joël de Lyris,—haciéndoles leer constantemente nombres nuevos y frases nuevas, para avanzar gradualmente en la lectura corriente, hace que las mismas palabras entren siempre en los ejercicios de silabeo, desde el principio al fin del volumen. Sólo con gran circunspección, a pequeñas dosis, con cuentagotas, introduce de vez en cuando en los ejercicios una palabra nueva, no muy difícil, que permita variar algo la frase y alargar el período.»

Joël de Lyris cita algunos ejemplos tomados del silabario en cuestión, los cuales no pueden ser más cómicos. Luego continúa:

«...Si los niños hacen, por sistema, progresos, *en apariencia* muy rápidos, porque encuentran hasta el fin del volumen las mismas palabras ya aprendidas, se encuentran, por lo contrario, detenidos tan pronto como se pone en sus manos un libro de lectura corriente, y experimentan dificultades para deletrear el gran número de nombres nuevos que en él encuentran.»

«El método debe, pues, conducir al fin propuesto, que no es otro que el de aprender a leer, sin tratar de evitar al niño los esfuerzos de atención, de inteligencia y de memoria necesarios para llegar a resultados serios y decisivos.

»El mejor silabario es el que va recto al fin, graduando las dificultades, sin procurar escamotearlas.»

Este razonamiento se aplica exactamente al modo como la madre debe amar a sus hijos.

La madre ciega, que quiere ver a sus hijos del todo satisfechos *actualmente*, les evita todo disgusto, y aún todo esfuerzo, por otra parte, indispensable para el normal aprendizaje de la vida. Con innumerables precauciones - con cuentagotas, que diría Joël de Lyris,—los deja habituarse lentamente a las realidades de la existencia, suprimiendo de ésta cuanto le es posible, formándole un ambiente ficticio, siempre el mismo, como si en él debieran vivir perpetuamente.

Yo no sé si los niños educados tan muellemente son más felices, aun *en la actualidad*; sólo diré que ciertas observaciones hechas por mí a lo vivo, me dan derecho a dudar de ello. Mas de lo que estoy absolutamente cierto por la experiencia de todos los días, es que esos niños habituados a una vida dulce, tranquila y fácil, que no tienen que hacer más que vivir para ver satisfechos todos sus deseos, que ignoran todas las asperezas de la vida, sufren cruelmente desde el momento en que se introduce un cambio cualquiera en la marcha ordinaria de su vida.

Ahora bien, este cambio se produce fatalmente un día u otro, puesto que, a medida que crece, se aparta el niño del medio en que vivía protegido por la égida materna. Choca entonces con una muchedumbre de cosas que ignoraba, porque su madre había evitado cuidadosamente que perturbasen su quietud. Y así, vese obligado a hacer bruscamente, brutalmente, en las peores condiciones posibles, el aprendizaje de la vida que una madre previsora hubiera debido y podido lograr que lo hiciera gradualmente, sin temor a excesivas fatigas y contrariedades. Así, pues, vuestra ciega solicitud, señoras, ha conseguido lo contrario de lo que os proponíais. Deseábais evitar al niño el mayor número posible de contrariedades y esfuerzos, y los habéis acumulado en su camino, y precisamente en una época en que ya no estaréis a su lado para acudir en su auxilio. Al tratar de *escamotear las dificultades*—siguiendo la exacta expresión de Joël de Lyris,—no habéis hecho más que aplazarlas y aumentarlas.

Pero, al obrar como lo habéis hecho, ¿habéis trabajado realmente por la dicha de vuestro hijo? ¿no os ha movido una segunda intención egoísta? Al procurar su tranquilidad. ¿no buscábais también la vuestra? Al evitarle esfuerzos y disgustos, ¿no procurábais igualmente economizaros el esfuerzo que hubiérais debido hacer y el disgusto que hubiérais experimentado al prepararlo normalmente para la vida real?

Bien sé que protestáis de toda acusación de miras personales egoístas, ya que quizás no tengáis ni siquiera conciencia de ellas.

El amor materno, de tal modo parece inaccesible a todo egoísmo, que un moralista, M. Luis Aigón, no ha vacilado en escribir:

«El egoísmo se desliza en nuestros mejores sentimientos, en la amistad, en el amor..., pero siempre le veremos detenerse ante el amor materno.»

Pues bien, al afirmar esto con tanta seguridad, M. Luis Aigón da pruebas de una ciencia psicológica insuficiente por completo.

Ampliamente hemos demostrado en el primer párrafo de este capítulo que el amor maternal, lejos de ser incompatible con el egoísmo, es radical y esencialmente inseparable de él. La parte de egoísmo que entre en él podrá ser más o menos considerable, pero siempre hallaremos algún rastro.

Saint-Lambert, a quien no es posible negar una ciencia profunda de la psicología moral, muéstrase mucho más perspicaz que M. Luis Aigón cuando dice:

«Cuidado con amar en vuestros hijos lo que os agrada, con preferencia a lo que les es útil.»

Yo añadiré, por haberlo observado muchas veces:

«Guardaos especialmente de amar en ellos *lo que lisonjea vuestro amor propio.*»

En vez de poner a vuestros hijos vestidos sencillos, fáciles de lavar, que les permitan jugar con libertad y hacer todos los movimientos necesarios a su actividad expansiva y a su salud, los vestís de ricos trajes y costosos tocados que les obligan a permanecer inmóviles.

¿Por qué? ¿Puede agradarles esto? ¿Puede satisfacerlos, cuando lo que más les gusta es revolcarse por la yerba o por la arena?

No; hacéis eso porque así lo exige vuestra vanidad; para que los admiremos y os admiremos; pero poco provecho reportarán de ello.

Y cuando encarecéis la memoria de vuestros hijos, obligán-

doles a recitar fábulas y poesías, ¿es para complacerlos? En manera alguna. Con ello sólo os proponéis satisfacer vuestra vanidad. Os mostráis orgullosas de vuestros hijos, pero es porque la admiración que os *parece* buscar para ellos recae sobre vosotras.

El doctor Johnson experimentaba una verdadera antipatía por los niños prodigios, porque él mismo fué víctima en su infancia de la premura de sus padres en desarrollar su talento precoz. «Tan pronto como llegaba una visita —dice,—me encaramaba a un árbol para eludir la orden de mostrar mi talento infantil.»

Y añade: «He ahí con frecuencia el grave inconveniente de un matrimonio tardío. El hijo de un viejo arrastra poco más o menos la vida de un perrillo de lanas, objeto de extravagante ternura y obligado a tenerse sobre sus dos patas traseras y hacer piruetas para divertir a la concurrencia, que acaba por irse muy disgustada de tan desagradable pasatiempo.»

Uno de los amigos del doctor rogóle un día que se fijase en la manera como sus dos hijos recitaban, uno tras otro, la elegía del poeta Gray, para que le dijese quién de ellos recitaba mejor.

—No—exclamó Johnson;—que los pequeñitos reciten a la vez; así harán más ruido y se acabará antes.

Aunque expuesta con franqueza brutal, la opinión del doctor Johnson es irrefutable. Era un excelente observador, y le bastaba una mirada para darse exacta cuenta de todo.

Así, pues, madres de familia, sí queréis evitar esa especie de egoísmo que tiende a deslizarse en vuestro afecto materno, procurad para vuestros hijos lo que le sea útil, con preferencia a lo que halague vuestro amor propio.

He ahí la verdadera abnegación, la de la vanidad personal. Cuando os sintáis tentadas a ceder al anhelo de poner en evidencia a vuestros hijos para recoger alabanzas, surja al punto en vuestro espíritu esta idea: «¿De qué servirá eso para la felicidad de mis hijos?»

Si con decisión la queréis, adquiriréis tan saludable costumbre, y os sentiréis satisfechas, lo mismo que vuestros hijos.

\*  
\*  
\*

Hay una ilusión común a muchas madres. y consiste en creer que su indulgencia exagerada para con sus hijos acrecentará el afecto que éstos les profesan.

Tenemos suma complacencia en hallarnos a cordes en este punto con M. Luis Aigón, que dice:

«La indulgencia extrema con nuestros hijos aumenta sus defectos y disminuye su cariño.»

Nada tan exacto ni tan fácil de evidenciar.

El niño no razona. Mas aún que la madre, es un ser sensible a todas las impresiones, y reacciona según que estas impresiones son para él penosas o agradables, sin cuidarse de averiguar la causa de ellas.

No tarda en darse cuenta del poder de que dispone frente a una madre indulgente con exceso, y lejos de mostrarse agradecido a ese exceso de afecto, se aprovecha de su situación para mostrarse cada vez más exigente.

Desde este momento, sus defectos, que ninguna severidad puede reprimir, se desarrollan con toda libertad, sobre todo un defecto capital, que desgarrar el corazón de las madres, la *ingratitude*, y precisamente en el momento en que espraban ver crecer su amor.

La ingratitude es el resultado fatai de la irreflexión de las madres demasiado tiernas. Si el niño sabe que, haga lo que haga de bueno o de malo, cuenta siempre con la aprobación de la madre, pronto acaba por no distinguir entre el bien y el mal, pierde el sentido moral y no tarda en convencerse de que merece la indulgencia que se le prodiga sin *haberla merecido*.

Y entonces ¿qué gratitud podrá sentir por esa conmovedora solicitud que se impone, por decirlo así, a él mismo? Puesto que su madre encuentra su dicha en mimarlo, queda *suficientemente pagada* con que su ídolo se deje mimar.

He aquí la razón de que un niño mimado sea siempre ingrato.

\*  
\* \*

Cuando los niños se hacen grandes y aptos para servir de algo, es este un escollo que difícilmente evitan las madres.

Entonces es especialmente cuando su afecto maternal, por cierto muy real, se carga de un egoismo inconsciente que las expone a ser injustas con sus hijos y aún a hacerlos desgraciados a pretexto de querer su bien.

Cuando los hijos se han hecho grandes junto a ella, oon dificultad se habitúa la madre a la idea de que puedan abandonarla. Sin embargo, llega un día en que hijos o hijas, en virtud de leyes ineludibles de la vida humana, deben formar nuevas familias fuera del hogar doméstico.

Es ello una gran mortificaci6a para la madre; pero si quisiera analizar sus sentimientos íntimos, con frecuencia advertiría que su egoismo sufre más aún que su afecto maternal.

Habrásese acostumbrado a ver constantemente en torno de ella a los compañeros de su vida, y su partida va a abrir un vacío en su interior.

Sola hasta entonces con su hijo, que era, por decirlo así, jefe de la familia, disponía en la casa de una autoridad incontestada, la cual va a serle disputada por una nuera.

Otras veces se trata de una hija única que descargaba a su madre de una parte del trabajo casero, casi de una especie de criada gratuita, que su matrimonio va a suprimir, obligando al ama de casa a cargar de nuevo con la totalidad de sus funciones.

Y entonces, preciso es ver cómo ciertas madres, so capa del amor a sus hijos, ss ofrecen como obstáculo a sus proyectos de matrimonio y hacen lo posible para que fracasen o para aplazarlos el mayor tiempo posible.

El amor maternal entra por muy poco en estos cálculos; en cambio, es muy elocuente el grito del corazón de aquella madre que al oír que le decían:

—Casando a sus hijos; asegura V. su dicha, exclamó:

—Sí, pero ¿y yo?

Tampoco razona aquí la madre. Obedece a un impulso de su naturaleza, sin pensar que el hecho de sacrificarse por sus hijos no le concede en manera alguna el derecho de sacrificarlos a su egoismo.

Que acepte su sacrificio, cuando es voluntario, pase, por más que hay mucho que decir sobre esto; pero que trate de imponerlo, es una aberración que en modo alguno halla su fuerte en el amor materno.

Sabido es que, por lo contrario, otras madres ven en el matrimonio de sus hijos un medio de *desembarazarse de ellos*, por lo que los impulsan por todos los medios a una unión cualquiera, aunque ofrezca pocas garantías de felicidad, con tal que procure el fin inmediato que persiguen.

He ahí por qué—lo repetimos—hay que guardarse de comparar el amor maternal con el amor divino, y de creerlo, como M. Luis de Aigón, exento de todo egoismo.

El amor materno es un amor humano, y, como tal, está sujeto a todas las fluctuaciones que agitan a la naturaleza humana.

La severidad exagerada con relación a los hijos no vale más que la ternura excesiva.

La madre que aprenda a amar racionalmente a sus hijos sabrá colocarse en el justo medio entre ambos extremos.

Para lograrlo, dispone de un criterio infalible. Siempre que se trate de sus hijos, debe hacerse, antes de decidir algo, esta pregunta que ya hemos formulado:

—¿De qué servirá esto para la dicha de mis hijos?

Si responde con prudencia y reflexión a esta pregunta, puede estar segura que no se equivocará.

P. COMBES.

## Educación física y sensora de anormales

(Conclusión)

Hay que ser eclético y no olvidar que ciertos individuos son notablemente torpes e incapaces de representar un objeto por sencillo que sea. A estos niños hay que darles un poco de seguridad de pulso, el sentido de la dirección, en una palabra, hacerles ejecutar algunos ejercicios preliminares. Pero estamos perfectamente convencidos de que debe recurrirse al natural lo más pronto posible. Al maestro corresponde escoger al principio objetos sencillos, regulares de forma, sin relieve marcado, por ejemplo: una oja de árbol, una llave, un lápiz, un cortapapeles.

Ciertos educadores opinan que debe dejarse al niño dibujar espontáneamente. Hacen notar que el dibujo espontáneo permite al niño manifestar sus pensamientos, que es para él verdadero lenguaje y lenguaje natural. Pero desconfiamos del dibujo en estas condiciones por la tendencia del anormal a reproducir constantemente las mismas formas y no observar. No lo admitimos sino con condición de que el maestro indique motivos nuevos que tratar, dejando al niño que los componga con su imaginación o con su memoria.

Estas nociones indican en qué grado la educación de los sentidos es parte de la educación mental.

El dibujo y el modelado, especialmente sirven, como se ve,

para desarrollar la facultad de observación, obligando a analizar formas y haciendo averiguar la dirección respectiva de las líneas; sirven también para desarrollar el espíritu comparativo, puesto que es preciso comparar constantemente el objeto y la representación del mismo.

## VI

### Corrección de los reflejos (tics)

De esta cuestión hubiéramos podido hablar a propósito de la educación del sentido muscular; no obstante, las condiciones en que sobreviene el reflejo nos autorizan para decir algunas palabras en párrafo aparte.

En la escuela de perfeccionamiento deben tratarse especialmente los reflejos a que predispone la anomalía mental y aun decimos que los engendra. El reflejo, para aparecer y persistir, necesita un substrato mental particular; en quien lo padece, aunque esté reputado inteligente, la voluntad y la atención son débiles y la emotividad marcada. Siempre se nota desequilibrio mental y falta absoluta de ponderación. Y esto es lo que permite y mantiene el reflejo. ¿No tiene el discípulo, mentalmente anormal, esta mentalidad en el mayor grado? Pues es terreno abonado para aparición de reflejos cuya multiplicidad y tenacidad constituyen a veces lo que se llama enfermedades de reflejos.

Para reprimirlos, se obrará sobre el desarreglo motor; pero antes, y no decimos paralelamente, se tratará el defecto mental, que es su causa esencial. La disciplina psicomotriz (tal es el nombre dado al conjunto del tratamiento) se compone:

- 1.º De disciplina de los movimientos, que tienda a inmovilizar los músculos interesados por medio de actitudes que varían con el sitio del reflejo y que son indicadas por el médico que haya analizado con cuidado la forma del movimiento convulsivo;

- 2.º De disciplina psíquica, que tiene por objeto desarrollar el poder refrenador de la voluntad; pero esta disciplina sólo puede emanar de un cerebro capaz o vuelto capaz; luego en el atrasado se requiere previa acción pedagógica si no se quiere ir al fracaso. En el inestable es necesario obtener ponderación, disciplina y coordinación de movimientos antes de obrar sobre un movimiento anormal determinado.

Es importante anotar que, muy a menudo, algunos prácticos que se dedican especialmente a la corrección de reflejos padecen

fracasos y recaídas, sin poder dar de ellos explicación satisfactoria. En estos casos hay algunos cuyo fracaso se explica: la disciplina psíquica no es posible sino a condición de que haya poder mental suficiente para aprovechar la acción ordinaria empleada, El infantilismo mental y la debilidad de la voluntad tiene grados; luego en el atrasado, el tanto de inteligencia no es bastante elevado, para que den resultados los procedimientos aplicables al común de las gentes. Es, pues, indispensable dirigir previamente la deficiencia por tratamiento médico-pedagógico y hacer evolucionar la mentalidad hasta que el método esté en vías de éxito.

\* \* \*

Para concluir, rogamos que se observe que, al hablar de educación física y fisiológica, hemos sido conducidos siempre a tratar de educación de inteligencia. Esto demuestra que la educación del niño forma un bloque que únicamente lo fragmentamos para estudiarlo.

Todo ejercicio de los sentidos va acompañado de ejercicio de la atención, y entre todas las funciones de nuestro organismo, desde las más inferiores hasta las más superiores, existe solidaridad, que sería anticientífico y antipedagógico poner en duda. Si a educadores y psicólogos les cuesta trabajo discernir estas relaciones, conténtense con comprobar sus efectos prácticos; todo procedimiento educativo que desconozca este principio padecerá del vicio de esterilidad.

La educación física y fisiológica está ligada igualmente a la educación profesional, cuyo primer grado es la educación manual. Por otra parte, la escuela de perfeccionamiento no puede desentenderse de la cuestión del aprendizaje.

Si el anormal psíquico sale de la escuela sin oficio alguno ni estar seriamente preparado para el aprendizaje los esfuerzos educativos pueden ser estériles. Mientras el crecimiento no haya terminado, el anormal es un convaleciente, cuyo sistema nervioso es aún frágil y que no debe abandonarse a los peligros de la inactividad.

Es éste un principio que demasiados educadores desconocen; olvidan muchas veces que una afección del sistema nervioso es de curar y que el término del crecimiento debe alcanzarse antes de afirmar los éxitos.

Si no es posible preocuparse del aprendizaje (y por nuestra parte no vemos inconveniente, al contrario), por lo menos, en una

escuela de perfeccionamiento, es fácil enseñar a los niños cestería, enrejados y carpintería sencilla. Las niñas podrán ejercitarse útilmente en costura, tejidos, labores de punto, vestir muñecas, etcétera, etcétera.

Toda adquisición de los órganos sensores debe tener aplicación práctica útil y no servir solamente para que se luzcan los discípulos y se asombren los visitantes no prevenidos. Si el aprendizaje no está unido al establecimiento, el maestro no debe olvidar que sus esfuerzos tendrán oportuno coronamiento en otras manos

DR. P. BONCOUR

---

## ESGRIMA DE BASTÓN

Como iniciación en la Infancia de este deporte principalmente defensivo, transcribimos el siguiente buen trabajo:

«La esgrima del palo y el bastón, manejado con una sola mano, y del palo largo manejado con dos manos, era conocida en las remotas edades.

Las investigaciones arqueológicas efectuadas en las ruinas egipcias, griegas y romanas, han revelado en las pinturas, bajo relieves y otras inscripciones, que esta clase de esgrima mereció una atención especial, por los antiguos, ya fuese como un deporte genérico o bien como un ejercicio previo para familiarizarlos con el manejo del arma blanca.

Entre esos vestigios de antiguas civilizaciones sacadas a la luz diurna, se han comprobado muy curiosos ejercicios del manejo del palo corto.

Durante la Edad Media el palo era el arma reservada exclusivamente a los villanos, para dirimir sus contiendas por medio del llamado duelo judicial, y en las viejas crónicas del país de Gales, se habla de la destreza de los campesinos en esta clase de esgrima donde desplegaban raras habilidades en sus luchas, y a veces en la defensa de las acometidas de los hombres de armas.

En nuestros días, el bastón no sólo representa un ornamento y una base de sustentación, sino que merced a una bien entendida enseñanza, se ha convertido en un arma muy sólida desde los puntos de vista defensivo y ofensivo.

Y se comprende. El hombre al ejercer el supremo derecho de su defensa personal, no siempre tiene a su disposición aquellos elementos que por su eficacia destructiva, le representan una garantía para su seguridad, ni por sus profesiones, ni hábitos, no siempre lleva consigo armas blancas y de fuego, que la ley prohíbe terminantemente en sus códigos, y que quedan reservadas de un modo exclusivo para las entidades que por ministerio de la ley tienen la facultad de usarlas; por lo que, nada más elemental y lógico, que en la suprema lucha por la existencia, apele al empleo de los medios rudimentarios que halle al alcance de su mano.

Un sólido bastón, puede llenar perfectamente este cometido y en manos vigorosas se convierte en un arma ofensiva y defensiva de gran utilidad.

El manejo del palo y el bastón, forma por decirlo así, un complemento de la enseñanza del boxeo. En las salas donde este deporte se ejercita, un buen maestro no dejará de aprovechar las excelentes disposiciones de sus discípulos para este deporte.

### **Consideraciones sobre este ejercicio**

La esgrima del palo o del bastón, se cimenta en los mismos principios que sintetizan la esgrima del arma blanca. Es el arte de tocar al adversario sin ser tocado por él. Es decir, que lo que a primera vista parece paradójico, está dentro de los moldes de la más absoluta realidad. Según la definición que acabamos de dar, parece lógico que el que toca a su enemigo, con la huída que emprendiera después de ejecutada la acción quedaría a salvo; pero precisamente este arte exige, para que reciba el nombre de tal, que dentro de los límites y reglas de la esgrima, y valiéndose de la agilidad del brazo y firmeza de vista, un luchador procure tocar al adversario, evitando por medio de las paradas técnicas ser tocado por el arma del contrario.

Desde el punto de vista de la defensa personal, y atendido a la frecuencia de las ocasiones en que el uso del palo o del bastón pueda tener preeminencia sobre el empleo de las armas blancas; es de mayor utilidad el aprendizaje de esta clase de esgrima, que hasta la misma ley ampara, al considerar ilegal para el ciudadano civil el uso de las armas blancas, en tanto que es perfectamente lícito la posesión de un bastón o palo, que puede servir de punto de apoyo al pacífico mortal, como elemento defensivo de eficacia reconocida que le preserve de los ataques de los foragidos.

La esgrima del palo, por la misma naturaleza del arma, exige mayor impulso en el golpe que en el de la espada, sable o florete, donde el filo y la punta ayudan poderosamente al esfuerzo individual. Un buen pugilista de boxeo, puede llegar a ser un notable tirador de bastón o palo. El desarrollo muscular del brazo y los hombros, son factores principalísimos para acentuar el efecto de un golpe dado con arreglo a las leyes que presiden esta clase de pugilatos. A estas circunstancias es debido que muchos autores juzguen esta clase de deporte como un derivado del boxeo, y un elemento vitalísimo, en el arsenal de los recursos que cada prójimo ha de llevar consigo como supremo argumento, cuando se impone la ley suprema de la defensa personal.

Desde el punto de vista humanitario, se impone este deporte, que al evitar una agresión que ponga en peligro la vida de cualquiera, pueda esquivarse y repelerse, privando momentáneamente por la pérdida temporal de las facultades del agresor, las actividades de éste; sin recurrir a las sangrientas represiones de un arma de fuego o blanca.

El mismo entrenamiento que se sigue para formar un buen boxeador, sirve asimismo para un esgrimista de bastón, por lo que consideramos superfluo insistir sobre lo que ya hemos dicho sobre el particular, en el pugilato del boxeo donde puede aprovecharse el desarrollo físico adquirido en los brazos, iniciando a los alumnos en los secretos de esgrima que es un elemento contribuyente a su perfeccionamiento físico,

Este deporte se encuentra actualmente muy difundido en las principales naciones de Europa y América, y en nuestro país, en las salas de gimnasia, celosas de su reputación profesional, constituye un número del programa educativo de la juventud.

### Generalidades

Procúrese escoger un bastón de un grueso de dos centímetros, de madera de encina, nogal u olmo, y de una longitud apropiada a la estatura del individuo que lo maneje. Antes de dar comienzo a la lección, se adoptarán las mismas precauciones que si se tratase de un asalto de florete o espada, a cuyo efecto, el alumno se revestirá de los clásicos guantes y colocará en su cabeza la careta de contra punto.

Se coge el bastón a unos dos centímetros del puño. Se separa el pulgar de los demás dedos, procurando que repose en la mayor

extensión posible sobre el bastón, los otros dedos se agrupan por debajo, en una postura de guardia equivalente a la *tercera* del sable. Existe también otra guardia muy recomendada por los profesionales y consiste en colocar el dedo pulgar sobre los demás dedos. La mano izquierda se coloca detrás de la cintura al objeto de evitar que el bastón en los diversos movimientos que se hace con él, no tropiece con ese brazo.

En la esgrima del bastón, los golpes que se dan con el extremo del palo, son los mismos que la lucha al arma blanca y se denominan golpes de punta: así como se conocen con el nombre genuino de *golpes de bastón* los que corresponden a los golpes de filo del sable. Ésa es condición precisa para que estos surtan el efecto apatecido, que se ejecuten con mayor desarrollo e impulso que el desplegado en los del sable. A este fin, se hace describir al bastón movimientos circulares a la derecha o a la izquierda del cuerpo, o por encima de la cabeza. Hay que tener presente que si no se imprime a estos movimientos de molinete, un impulso extraordinario, pierden su virtud y se convierten lisa y llanamente en un golpe inofensivo.

Los golpes de punta, exigen también, necesitan para que produzcan el resultado que se desea, imprimirles un esfuerzo de atrás hacia adelante al efectuar el ataque. Se dirigen preferentemente al hueco del estómago y al rostro. Es preciso utilizar en los entrenamientos un bastón pesado, para aplicar ciertos golpes como los que acabamos de reseñar, que se haría difícil su ejecución con bastones ligeros. A este efecto, se coge el palo por su parte media con la mano derecha, procurando colocarse a corta distancia del adversario. A veces, se coge el arma con las dos manos colocando la mano izquierda hacia la parte media. En este segundo caso el golpe de punta se dá con más fuerza. En determinados momentos y si la ocasión es oportuna, se golpea con la empuñadura del bastón.

### **Golpes diversos**

Los golpes de bastón propiamente dichos, reciben distintas denominaciones a saber: *Golpe a la cabeza. Golpe al rostro de derecha. Golpe al rostro de izquierda. Cupés a derecha o izquierda* apuntando al rostro, al hombro, o al brazo, el golpe de *manguito* apuntando a la parte superior del antebrazo, las *enlevés* apuntando la parte inferior del antebrazo, o a las partes sexuales *golpes*

*de costado, golpes a las piernas.* Toda esta variedad de golpes, se efectúan en un asalto profesional, pero no todos tienen el mismo grado de eficacia, pues hay algunos especialmente los que se aplican a los costados, que ya sea a causa de que la misma naturaleza del movimiento, hace que la fuerza pierda su virtualidad o bien a causa del mayor espesor de las prendas de vestir, resultan en absoluto inofensivos.

**PARADAS DEL BASTÓN.**—Las principales son: la *primera alta*, *primera la primera baja*: la *segunda*, *tercera* y *cuarta*, y en ocasiones la *cuarta alta*. Además de estas paradas, se pueden esquivar los golpes bien rompiendo simplemente la guardia; o cuando se trata de un golpe a la pierna o al brazo retirando el brazo o la pierna amenazados. También se recurre y esto depende de la agilidad del esgrimista, a un esquince de costado, replicando al ataque con la mayor rapidez posible. Dicho se está, que los golpes de ataque pueden aplicarse en las respuestas, inmediatamente después de parar. Una contra respuesta no es más que una contestación a la respuesta del adversario. En la ejecución de estos golpes, tanto en los de ataque directo, como en las paradas, es necesario una flexibilidad de muñeca y brazo que sólo se adquiere a consecuencia de una larga práctica del boxeo, puesto que la gimnasia que ha servido para la práctica de este deporte, como ya explicamos en la primera parte de este libro, se adapta perfectamente para la esgrima del palo y el bastón. Sin embargo hay que advertir que en los golpes aplicados como respuestas no hay tiempo material para dotar el movimiento del indispensable vigor que acompaña casi siempre a los golpes preparados del ataque. No quiere esto decir, que un buen pugilista ha de preferir siempre el sistema de atacar siempre, guardando la defensiva para determinados momentos; pues tanto una ofensiva como una defensiva exageradas, producen efectos contrarios a los que se pretenden. Un ataque reiterado, fatiga a la larga y coloca al esgrimista en condiciones de inferioridad con respecto al adversario que se ha colocado en una actitud de prudente reserva, y busca el aniquilamiento de las fuerzas del adversario. Por la inversa, una defensiva continuada, coloca al que la sigue en una situación difícil para ejecutar, llegado el instante propicio, un golpe con la necesaria energía, que como dejamos dicho, sólo es exclusiva de los golpes de ataque.

En la esgrima del palo, como en el boxeo, la inteligencia y el golpe de vista del que lucha, son los factores que deciden el éxito

y la oportunidad de su aplicación, es el secreto que cada cual conserva para sacarlo a relucir en las grandes solemnidades.

**UN DOBLETE.**—Es un golpe que consiste en la repetición del mismo movimiento de ataque. Se divide en dos partes de un desarrollo rapidísimo, La primera, no es más que una demostración de un golpe imaginario, un amago, que un tirador experimentado inicia a cualquiera parte del cuerpo del adversario, generalmente a la cabeza o al rostro, para desorientar la parada contraria y dejar al descubierto otra parte del enemigo que conviene tocar.

Los dobles al rostro se ejecutan describiendo con el bastón molinetes en sentido horizontal, que gozan del privilegio por efecto del rápido movimiento de rotación de que están dotados, de mantener a respetable distancia al antagonista, Ocurre lo mismo con las llamadas vueltas, movimientos que no es otra cosa que un volteo del bastón. Se ejecutan sobre el terreno, marchando, cambiando continuamente la guardia y girando sobre los talones. Se emplean especialmente para atacar al rostro del contrario y exigen al mismo tiempo que una agilidad extraordinaria, un perfecto sincronismo, puesto que cualquiera irregularidad, trae consigo como consecuencia necesaria, quedar al descubierto y en mala postura para acudir a una parada.

### **Exposición y método**

**LA GUARDIA.**—Hay que distinguir entre la guardia que debe observarse en un asalto de sala, y la que, las circunstancias anormales en que se puede encontrar cualquiera de nuestros queridos lectores, le obligue a seguir en un momento determinado para esquivar las acometidas de un amigo de lo ageno.

Circunscribiéndonos a la primera (porque es lógico suponer que en el segundo caso, no está el horno para bollos), diremos que debe colocarse el pie derecho unos diez centímetros delante del talón izquierdo, procurando que las piernas a semejanza de lo que prescribe la esgrima del sable, gocen de cierta facilidad de flexión.

El cuerpo se debe mantener erguido y de tal modo que sólo se muestre al adversario los tres cuartos del perfil.

El pie derecho con el talón izquierdo deben formar un ángulo recto, manteniendo siempre la distancia mencionada. La mano derecha se coloca a la altura de la tetilla derecha. El brazo derecho formará un ángulo recto con el antebrazo.

En esta postura el bastón, conserva una posición oblicua y el regatón estará al nivel de altura del rostro del antagonista. La mano izquierda colocada a espaldas de la cintura evitará el encontrarse y entorpecer los movimientos.

**DESARROLLO.**—Se puede tocar al adversario sin necesidad de romper la guardia, y en esto consiste precisamente el *desarrollo*, a cuyo efecto, sin perder la posición del cuerpo se extiende la corba izquierda, se deja deslizar sobre el suelo el pie derecho y se ejecuta el golpe según las reglas que explicaremos.

**GOLPES DE REGATÓN AL ROSTRO.**—Como ya dijimos, los sitios preferidos para los golpes de regatón, son el rostro y el hueco del estómago, por más que tienen el grave inconveniente esta clase de golpes que a poco que el adversario esquive el cuerpo, se arriesga uno mucho para no ganar nada: porque podía darse el caso de que el contrario atacando simultáneamente se corriese su bastón sobre la superficie del otro, y como no tienen la cazoleta del sable, excusado es decir como se pondrán los dedos.

Lo más práctico es dejarse de perfiles, y contentarse con aplicar un bastonazo en el sentido estricto de la palabra sin recurrir a las filigranas de buscar el rostro del contrario con el regatón, porque de este modo, es más fácil que vuestro enemigo se limite a parar que a responder. Únicamente como una respuesta después de una parada en tercera, se puede aplicar un golpe de regatón al rostro, teniendo sin embargo especial cuidado de no tomar mucho impulso, pues hay que sacrificar a la velocidad el efecto.

Así y todo, en esta clase de golpes es preferible darlos con un bastón algo pesado que son los más manejables para este caso concreto.

**GOLPE DE PUÑO**—Con la parte más gruesa del bastón, o sea con la empuñadura. Sin embargo, esta clase de golpes son más propósito para darlos con el palo, y más bien como una amenaza o intimación al adversario, que se ve a pocas pulgadas del rostro el puño grueso del arma enemiga.

**GOLPE A LA CABEZA.**—Para que este golpe resulte de la mayor eficacia, se necesita en primer lugar adquirir un impulso de gran desarrollo, llevar el bastón hacia atrás inclinándolo ligeramente a la izquierda, sin que la mano derecha pierda ni un momento la altura de la cabeza. En esta postura y teniendo como es lógico, suponer un gran campo de acción para el impulso, se hace describir un semicírculo al bastón hasta tocar la cabeza del adversario.

**GOLPE AL LADO DERECHO DEL ROSTRO.**—Para ejecutar este golpe,

se lleva el bastón en sentido horizontal detrás de la cabeza, arrollando el brazo derecho todo lo posible al cuello y se procura perfilar el cuerpo, se describe con el bastón un semicírculo también en sentido horizontal tocando el lado derecho del rostro del contrario. A este movimiento le ayuda poderosamente la flexión de los riñones del que lo ejecuta, que coincide con la trayectoria del bastón al abandonar la guardia.

EL MISMO AL LADO IZQUIERDO DEL ROSTRO.—Para tomar el necesario impulso se lleva el bastón en sentido horizontal detrás de la cabeza con el brazo derecho doblado y algo atrás del cuerpo. Al iniciarse la trayectoria, se procurará mostrar el perfil describiendo con el bastón un semicírculo.

CUPÉS DE LA DERECHA.—Estos golpes se descargan principalmente al rostro, los hombros o en los brazos. Se coloca el bastón oblicuamente detrás de sí. La parte superior del brazo derecho se mantiene en la prolongación del hombro derecho. El cuerpo se coloca de frente. Al iniciar el golpe y efecto de un movimiento de riñones, se colocará el cuerpo de perfil. Este golpe se aplica un poco más oblicuo que el destinado a la cabeza.

CUPÉS DE IZQUIERDA.—Se coloca el bastón detrás de sí, después de haberlo hecho pasar por encima de la cabeza. El brazo derecho se arrolla al cuello; se hace describir un semicírculo algo oblicuo, y a la terminación de la trayectoria y efecto de una sacudida impresa por los riñones el cuerpo presentará un perfil muy pronunciado.

GOLPES DE FLANCO A LA DERECHA. — Se adoptan los mismos principios que para los golpes anteriores, teniendo sólo cuidado de cambiar la dirección del bastón al terminar la trayectoria que debe describirse. Como ya expusimos anteriormente no recomendamos estos golpes que carecen de la apetecida eficacia, debido a múltiples causas siendo una de ellas el excesivo ropaje del que ha de recibirlos. Lo mismo que decimos sobre estos golpes, repetiremos sobre los que se aplican a las piernas, que sólo depende del cambio de dirección que se da al bastón después de seguir el desarrollo necesario.

GOLPE A LA MUÑECA.—Se coloca uno en guardia de tercera; se atrae el regatón bajándolo un poco, se hace describir al bastón un semicírculo y se descarga el golpe en la muñeca del adversario.

GOLPES DE DESARME DE DERECHA A IZQUIERDA O VICE VERSA.—El primero se ejecuta llevando la mano derecha armada del bastón a la altura de la mejilla izquierda, manteniéndola en sentido obli-

cuo. Se imprime un movimiento semicircular, el final de la trayectoria coincidirá con el puño del adversario, o con el bajo vientre. En el primer caso la intensidad del golpe, hará soltar el arma al antagonista.

El segundo tiene la desventaja, que la fuerza, efecto de la trayectoria anormal que hay que describir, es de poca eficacia y por consiguiente no se consigue el objeto que se busca que no es otro, que el desarme del enemigo.

A. BARBA.

(Continuará)

---

## Varia

---

En este mes de Septiembre, se ha celebrado en Berlín, la tercera conferencia de Unión médica alemana, para el tratamiento psicoterápico infantil.

Es tema de gran transcendencia, por lo que al porvenir de la juventud afecta.

Muchos padecimientos de los llamados sencillamente nerviosos, tienen su origen en trastornos sufridos en la segunda y en la gran infancia, no tratados o descuidados indebidamente.

Y la consecuencia no es sólo para la juventud, sino punto de partida para la edad madura; en la que circunstancias accidentales son como la chispa que prende en la madera seca (valga el símil), de órganos ya predispuestos por causas cuya primera actuación ha sido en los primeros años de la vida.

---

Se ha inaugurado en Bruselas un servicio de profilaxis contra el sarampión, en forma nueva.

Se han organizado para que un número de médicos especializados, vayan a las casas donde quieran seguir las prácticas de sero-profilaxis antisarampionosa, con arreglo a los últimos adelantos en esa materia.

Aunque pueden seguirse en personas mayores, su aplicación natural y frecuente, es en la infancia.

El beneficio obtenido sobre todo para las épocas de epidemia es grandísimo; con la ventaja, de que contando con número sobrado de convalecientes para la extracción de suero (que es el medio más empleado), el recurso terapéutico tiene las mayores probabilidades de eficacia.